—¡Cómo, muchacha! ¿Tú piensas.....
—No, señor; perdone usted.
Pero ¡vamos! la sorpresa.....
¡Si voy á volverme loca
De alegría! ¡Quién dijera!
¡Que Dios le premie en el mundo
Y le dé la gloria eterna!
. . . . . .
Y apretando entre sus manos
Convulsivas la moneda,
Corrió por la calle abajo
Veloz como una saeta.

Á la mañana siguiente
Se comentaba en la prensa
El hecho de haberse hallado
En el quicio de una puerta
¡El cadáver de una niña
Abrazado á una muñeca!

II

Con estar impresas en Madrid, nos arrastran mucho más fuera de la vida de Madrid, ó de la vida madrileña, que no es precisamente igual, las poesías del moderno y aun modernista poeta D. Antonio de Zayas, llevándonos en fuerza de su arte lejos, lejos, por las campiñas andaluzas, y por las llanuras castellanas, y por las calientes vecindades de Constantinopla, y por las ateridas y congeladas orillas del Melar y hasta por los yertos desiertos de la historia.

Ha escrito cuatro libritos de poesías, á saber: *Joyeles bizantinos*, *Retratos antiguos*, *Paisajes* y *Noches blancas*, y promete el quinto, la traducción de *Les Trophées*, de Heredia, que, hablando en castellano, debió de haber sido el primero.

El primero en ver la luz pública, como de fijo es el primero en la preferencia y en el estudio y en la imitación del Sr. Zayas. El cual, con dedicarse á esta versión castellana de la obra maestra de José María de Heredia (con la que él, español de lengua y de raza, conquistó un sillón entre los Inmortales franceses), nos muestra á las claras lo que ha querido ser, lo que realmente es: un cultísimo parnasiano.

El Parnaso, los parnasianos franceses, son ya una escuela más ó menos senescente; pero una escuela, un grupo literario, con su historia, sus doctrinas, su derecho.

Nació el Parnaso como una prolongación y renacimiento del *Cenáculo*, y fué su fundador Baudelaire, quien no lo honró mucho, por cuanto sólo le ofreció un temperamento y organismo gastado por el abuso del opio fumado, de los placeres destruyentes, y una imaginación exaltada, que llevó á su dueño á una casa de salud hasta que acabó, por fortuna, cristia-

namente, sus alocados y enloquecedores días. La obra de Baudelaire, *Les Fleurs du mal*, se distingue por el trabajo frenético que revela del estilo, del lenguaje, del metro y también por su pestilente perfume, pues Baudelaire revolcó su fantasía en toda inmundicia, llegando á declarar que «la poesía, ó debe ser inmoral, ó del todo no ser».

Los discípulos retuvieron del maestro el esfuerzo por la forma, y en la imitación de lo segundo variaron. Entre los más ilustres parnasianos son dignos de mención, por su fama y por sus obras, Alberto Glatigny, el autor de las *Vignes folles;* Sully Prudhomme; Francisco Coppée, el poeta en quien renació el cristiano, el autor popular de la *Bonne Souffrance;* Esteban Mallarmée y Pablo Verlaine, más celebrados como ídolos del decadentismo, pero parnasianos antes; y detrás una turba de medianías: León Cladel, Pablo Arène, Gabriel Vicaire, Juan Aicard, Clodoveo Hugues y el poeta macabro Mauricio Rollinat, que tenía en su juventud este delicado ensueño:

> Oh! fumer l'opium dans un crâne d'enfant,
> Les piéds nonchanlamment appuyés sur un tigre! (1)

y que también, como su maestro y padre, se

(1) ¡Oh, fumar opio en la calavera de un niño,
Apoyando los pies descuidadamente sobre un tigre!

volvió loco y murió en un manicomio el año pasado de 1904.

Aunque el decadentismo y el simbolismo afirman y juran que el Parnaso es cadáver, todavía sigue siendo rito de algunos ingenios aristocráticos, que son á los que nuestro Zayas trata de imitar, cuales son el citado Heredia y Edmundo Rostand, que conquistó el inmortal puesto con su *Cyrano de Bergerac.*

Por este esbozo de la historia de los parnasianos franceses se puede ya traslucir su doctrina literaria, que amplían los que de esto hablan y escriben sabiendo lo que se dicen, y que un crítico francés, tan distinguido por su juicio justo cuanto por sus frases ceñidas, condensa en estas dos: son, escribe, «des artistes impeccables, des artistes impassibles»: artistas impecables, artistas impasibles (1).

Artistas impecables. No precisamente en las ideas, en lo moral ó inmoral, en lo absurdo ó bello de ellas, no. Ya hemos oído á Baudelaire, el fundador de 1865; á Rollinat, de 1904; Verlaine, brillando por su obscenidad; Lecomte de Lisle, odiando el cristianismo, eran parnasianos. Y parnasiano también Eugenio Pottier, el autor de la *Internationale*, donde en versos irreprochables, con rimas muy ricas, se dan á los soldados estos saludables consejos:

(1) Vict. Delaporte, S. J. *La poesie contemporaine.* Études. Paris, 20 Fevr. 1905, pág. 600.

Appliquons la gréve aux armées,
Crosse en l'air et rompons les rangs!
S'ils s'obstinent, ces cannibales,
A faire de nous, des héros
Ils sauront bientôt que nos balles
Sont pour nos propres generaux (1).

Como se ve, el fondo, las ideas, los ideales de los parnasistas, están tomados de todas partes con el más amplio espíritu liberal, de todas partes, desde el pudridero físico al pudridero moral.

No hay que decir que esto no es lo exclusivo, para probarlo bastan dos nombres: Heredia y Coppée.

La impecabilidad parnasista es de forma. Lo perfecto que anhelan, lo acabado que buscan, lo irreprochable á que tienden y en que hasta la obsesión entienden es lo perfecto, lo acabado, lo irreprochable del vestido, de la forma, del verso. Y esto es lo que hay que entender en las palabras de M. Jules Lemaître cuando dice que «ellos dedican todo su esfuerzo á buscar la perfección absoluta» (2).

«La perfección absoluta» en lo relativo, en

(1) Apliquemos al ejército la huelga
Al aire las culatas y rompamos filas!
Si esos caníbales se obstinan
En hacer héroes de nosotros
Sabrán bien pronto que nuestras balas
Son para nuestros propios generales.

(2) *Les Contemporains*, 2.ª serie, pág. 51.

la forma, que por sí sola no es nada, que por sí sola lo mismo puede ser las paredes blanqueadas de un sepulcro que las de una viña andaluza.

Y aquí está ya el primer pecado de estos impecables: la forma por la forma, la palabra por la palabra, el sonido por el sonido; por lo cual, heridos en la entraña desde su nacer, han caído en la obscuridad impenetrable de Mallarmé; han contribuído á la formación del decadentismo, que no es sino una secuela suya; han dado en los extravíos macabros de *Nevroses*, y sólo en pocos autores y en pocos momentos felices se podrán conservar varonilmente artísticos, y estarán siempre amenazados de la exageración, de la pedantería, del más rematado gusto.

Porque todos sus esfuerzos por esa «perfección absoluta» se circunscriben á tres puntos: el verso bien dolado, el detalle pintoresco bien sacado, el color local perfectamente fotografiado.

El verso bien dolado no es el verso opulento de vida de Racine, ni cargado de pensamiento como el de Corneille, sino el verso de ritmo buscado, preciso, variado, armónico, musical, imitativo, con rimas raras, costosas, ricas, á trasmano. Por eso se ha revuelto en la métrica medioeval y en la métrica de los románticos, y se ha ideado nueva métrica y han venido los

versos limados, cincelados, «bien dolados y escandidos» de Th. Gautier, de Lecomte de Lisle, del autor de *Les Trophées*, *chef-d'oevre de la ciscelure poetique*, como la llama el citado P. V. Delaporte.

Como *summum* adonde pudo llegar, ó mejor, no pudo y llegó el frenesí de la rima costosa y rica, es de citar el testimonio de Jules Lemaître, que en breves líneas nos da cuanto por ahora necesitamos:

«Mr. Th. de Banville es un poeta lírico hipnotizado por la rima, el más regocijado y, en sus buenos tiempos, el más regocijador de todos los románticos; un *clown* en poesía, que tuvo en su vida muchas ideas, y la más tenaz de todas fué la de no tener ninguna idea en sus versos» (1). Es tan verdad esto, que Banville proclamaba como axioma que «la rima era la reina de la poesía».

La descripción, el color local. Esta es otra obsesión de los parnasianos franceses. Entroncan allá en su tierra con el famoso Delille y con toda la poesía descriptiva del siglo XVIII y principios del romanticismo, y para darle expresión, verdad, bajan á menudísimas menudencias, á detalles, á naderías. É incansables en describir, describen las reboticas, los

(1) *Les Contemporaines*, l. c.

mercados, los golfos, los detritus mismos del arroyo y del subarroyo de nuestras calles.

José Autrán, poeta francés y académico asimismo se burló áticamente de esta manía de describir de los parnasianos, entre otras, en estas agradables estrofas:

Dans le descriptif et le pittoresque
Je me plongerais, j'écrirais à fresque
Un chef-d'oevre ou deux;
Sincère et brutal comme la nature
Je mettrais toujours dans une peinture
Quelque ton hideux:
Si je décrirais un bout de prairie
Elle apparaîtrait riante et fleurie
Paradis rêvé:
L'air y serait plein d'un doux bruit d'abeilles;
Puis je ferais voir dans les fleurs vermeilles
Quelque chien crevé (1).

Esta es la impecabilidad parnasiana: trabajar la forma, sudar en tornear el verso, desalarse tras la rima, desesperarse en la minucia, alicatar la superficie que tal vez no cubría nada, que tapaba el vacío. Estas obras parna-

(1) *La Nouvelle Art. Poétique.* (*Le Gaulois*, 10 Oct. 1869.)
En lo descriptivo y en lo pintoresco—yo me engolfaré y escribiré al fresco—una obra maestra ó dos:
Sincero y brutal como la naturaleza—pondré siempre en mis pinturas—algún toque repugnante.
Si describo un rincón de una pradera—lo pondré riente y florido,—como un soñado paraíso.
El aire lleno de suave murmullo de abejas—y después haré ver entre las rojizas flores—algún perro muerto.

sianas podrán descansar en paz, y en su sepulcro grabarse el hemistiquio ovidiano:

Materiam superabat opus.

Los parnasianos son también «impasibles». Lo cual no quiere decir, como á primera faz pudiera interpretarse, que no sientan ni hagan sentir, no; y bien se ve esto en poetas como el autor de los *Humbles* ó de *Promenades et Intérieurs*, en cuyos versos flota como una niebla la melancolía, pareciéndose á los campos ingleses asombrados con azulada neblina; las obras de Lecomte de Lisle se han llamado marmóreas, y con todo aquel mármol tiene sacudidas eléctricas producidas por el odio antirreligioso; las obras de Verlaine tienen el terremoto y la conmoción concupiscente.

Lo que los parnasianos evitan es el llorar como lloraron Lamartine, Musset y Víctor Hugo; lo que conservan es la actitud digna, no traducir á la lengua de los dioses afectos vulgares, «retraerse, por usar una frase de Lemaître, á la región de los afectos exquisitos, delicados, tenues, vagos, aristocráticos». Los parnasianos, dóciles á estos principios tan altos y encumbrados, describirán, describirán y describirán, siempre la materia de sus poemas la tomarán de las aguas rojizas del Ganges, de la luz cegadora de la Hélada, de las nieblas serias y tristonas de Escandinavia, de todas las

historias, sobre todo de las historias muertas de Egipto, de África, de la India; pero jamás han de mostrar que conocen el alma popular, que entienden su psicología, que su propio corazón palpita al compás del corazón de su pueblo, que saben lanzar en sus poemas gritos de fe, de honor, de entusiasmo, de amor. Eso les descompondría y les arrugaría la satinada y brillante superficie de su acicalada y bruñida forma.

Á esta escuela, á estas doctrinas se siente aficionado nuestro poeta D. Antonio de Zayas, sin propasarse á las excentricidades de los más exaltados, antes queriendo llegar á la perfección de los aristócratas, de la clase elevada de parnasianos.

* * *

La medida de las virtudes, es decir, de los versos perfectos, de la descripción vívida y detallada, del lenguaje trabajado y hasta trabajoso, del color local histórico, de la rigidez marmórea, del sentimiento indicado, vislumbrado, de la mediocridad del buen gusto, de la nobleza, religiosidad y caballerosidad de esta musa, puede darla muy bien la colección de sonetos intitulada *Retratos antiguos*.

Rafael, Tiziano, Tintoretto, Zurbarán, Sánchez Coello, Velázquez, Murillo, Ribera,

Goya, Rubens, Van Dyck, Rigaud, etc., etc., son los autores en que se ha inspirado el poeta para escribir sus ciento y cuatro sonetos, dedicados á *retratar retratos*, ó sea á celebrar los debidos á los pinceles de aquellos tan renombrados maestros. Galería clásica, donde las figuras, de las más salientes en la historia; los pintores, de los más extremados en su arte, y los mismos versos de Zayas, casi todos buenos y muchos muy buenos, contribuyen al deleite noble, á la suprema complacencia artística. Los héroes, cuyos son los retratos, se llaman: Cecilia de Gonzaga, Andrés Navagero, la emperatriz Isabel, Sebastián Veniero, Mauricio de Sajonia, el rey D. Sebastián, el Gran Capitán, un Inquisidor, el príncipe D. Carlos, Felipe II, III y IV, el Conde-Duque de Olivares, Góngora, Carlos II, Carlos III, Carlos IV, Moratín, Máiquez, Erasmo, el canciller Moro, María de Médicis, Carlos I de Inglaterra, el Conde de Berg, Luis XIV, el Duque de Borgoña y otros tipos generales que casi completan la historia de Europa en tres siglos.

El poeta ha querido darles vida con alusiones á sus hechos, con inteligentes toques en la descripción. Y lo ha conseguido, y hasta apartarse de la rutina de embadurnar calumniosamente ó ensalzar hiperbólicamente ciertas figuras de nuestra historia. Ejemplo de esto pueden ser los sonetos de Felipe II, el del Inquisidor, Felipe III y Moratín, y porque vale por muchos, copiaremos el escrito ante el retrato que Goya pintó de Carlos III.

Dice así:

De pie en la cumbre de colina escueta
Del Pardo tiene el encinar delante;
Lleva un cuchillo al cinturón colgante,
Gris casaca y peluca de coleta.
Negras polainas, cinto de vaqueta,
El toisón al ojal, chupa de ante,
Y en la mano, vestida de albo guante,
Aprisiona el cañón de la escopeta.
Sombrero de candil orna su frente,
Donde no brilla el resplandor del genio,
Y un can lame sus plantas con cariño.
Y á través de su risa complaciente
Se adivina la hiel con que Jansenio
Emponzoñó su corazón de niño.

El poeta se quiso dificultar la empresa, ya de suyo difícil.

Y á la carga de condensar en cien sonetos cien retratos y cien biografías, quiso poner la sobrecarga de dar á cada composición el ambiente de la escuela pictórica que emulaba, como lo confiesa en el prólogo, diciéndonos que ha sido «sobrio al reproducir obras maestras de la escuela española, cuidadoso de la redondez del período y de la tersura de la forma al evocar las esculturas que estampó en el lienzo el Renacimiento italiano, ingenuo y aun árido al pulir las joyas de la pintura ger-

mánica, y deliberadamente amanerado y retórico al tratar de hacerme intérprete del falso y convencional estilo académico de los pintores franceses.....»

Declaro que, por miopia sin duda, no he echado de ver esa simetría y correspondencia exquisita. Tampoco lo extraño, porque haberlo conseguido se hubiera reputado como una suprema maestría.

De Goya, es decir, de la escuela española, rebosante de realismo y naturalidad, es el retrato cuyo soneto dejamos transcrito: de Rigaud, y delineando la figura del *gran Rey*, es el que vamos á copiar, y los lectores juzgarán si el uno acusa la frescura y el garbo de Goya y el otro la tiesura ceremoniosa de Versalles. Ambos, y todos los sonetos de la colección, se acercan más á la frialdad escultural de las estatuas que al ambiente caldeado de las pinturas: defecto perdonable en verdaderas copias de copias.

He aquí, pues, el último ejemplo que, con el anterior, dará idea del estilo dominante de Zayas:

LUIS XIV

El Luis más orgulloso entre los Luises,
Cuyos nombres la crónica propala,
Apoya sobre el yelmo la bengala
Azul, ornada por las áureas lises.
De pie en un fondo de celajes grises

Piensa que al Sol con su oropel iguala,
Cuando el vizconde de Turena tala
Triunfante los teutónicos países.
Lleva en la testa pelucón rizado,
Que sobre el hierro de los hombros flota,
Y el Saint-Esprit sobre el arnés guerrero;
Descansa la siniestra en el costado
Y la banda que ciñe el aire azota,
Versátil, cual su espíritu altanero.

* * *

Pero donde muestra el autor sus condiciones todas de parnasiano, de elegante parnasiano, es en los otros libros suyos: en *Joyeles bizantinos*, en *Paisajes* y en *Noches blancas*.

El verso pulimentado, la estrofa martirizada, el consonante rebuscado, el ritmo imitativo, la armonía adrede quebrantada, la combinación métrica ó exhumada ó introducida; todo esto lo emplea el Sr. Zayas junto con preciosos versos endecasílabos del patrón genuino castellano.

Tales son los que dedica á *El pilar de Carlos V*, composición de cuyo estilo se puede juzgar por los dos ó tres primeros cuartetos:

El águila bicípite labrada
En grave mármol gris de Sierra Elvira,
Del bosque de la Alhambra de Granada
Los perfumados hálitos respira.
. . . . . .
Coronados de pámpanos y hiedra,
Que, en natura inspirado, el arte fragua,